

dia y por intervencion de nuestras súplicas, no infrais á este miserable ningun peligro de muerte ó de mutilacion."

Al escuchar aquella ironía sangrienta, el anciano de Dolores sonrió desdeñosamente.

*Eclessia abhorret á sanguine!*

Causa espanto recorrer la historia de las víctimas entregadas por la Iglesia al brazo secular.

Nosotros llamamos á la piedra de esas tumbas que guardan las reliquias de los mártires, evocamos sus sombras para que desmientan á sus verdugos, ellos, que han descornado ya los velos del misterio al atravesar las regiones eternas!... No, no son las doctrinas de Jesucristo estampadas en las páginas de los libros sagrados las que conducen al fuego á la raza humana; ellas hablan de misericordia, y los hombres quebrantan esas sentencias en el torrente desbordado de las pasiones.

No eres tú, divino mártir del Gólgota, en cuyo nombre se han levantado hogueras y patíbulos, el que has predicado la sangre y la matanza; tus labios han sido una emanacion purísima de consuelo; por eso tú, llevando sobre los hombros la enseña sacrosanta de la libertad humana, presides esa eterna sucesion de mártires que aun siguen atravesando por la haz devastada de la tierra!

## CAPITULO XVII.

LA GITANA.

I.

Don Félix de Quintanar continuaba bajo la custodia del totero, que furioso con la traicion de Elizondo, estaba resuelto á sacrificar al esposo de Rosalía luego que recibiese la noticia del fusilamiento de los caudillos.

Oculto en un aduar del desierto, léjos de la accion de la justicia, don Félix no tenia esperanza alguna.

La gitana no se apartaba un instante de la choza que guardaba al prisionero, en vijilia continua y acechando, y pasaba los dias procurando sacar á la víctima de las garras de sus verdugos.

Saca-vueltas se acercaba á los pueblos en pos de noticias sin conseguir nada; no obstante, creia ver de un momento á otro aparecer algun amigo y ya tenia dispuesta su guerrilla para seguir en el huracan revolucionario.

Los soldados estaban desesperados y su moral no se restablecia fácilmente.

Dos meses de incertidumbre habian agitado el alma del bandido, ya estaba dispuesto á marchar, cuando Pedro el Negro llegó en su busca.

—Qué diablos pasa? preguntó el torero.

—Mal, muy mal! respondió Pedro.

—Cuéntame.

Mira, Saca-vueltas, yo soy hombre entre los hombres, tú sabes que las lágrimas eran cosa que yo no conocia; pero he visto matar á nuestros generales y he llorado como un niño---- si hubieras presenciado aquello, era para levantarse la tapa del corazon de un balazo.

—Habla, Pedro, quiero saber todo, aunque----

—Oh! mi general Allende estaba pálido, el coraje se pintaba en su cara, en aquella cara tan guapa---- lo querian vendar; pero él no se dejó, entónces lucharon los soldados para volverle de espaldas---- aquello sí era valor, se revolvía como un leon---- demonio---- lo ví caer atravesado por las balas---- ¿y mi general Aldama?---- ese no abrió las labios, marchó sereno y---- vamos, que yo estaba furioso, no cesaba de pensar en el señor Hidalgo---- matarle á su hermano---- quien le habia de decir á don Juan y á don Ignacio Aldama que habian de morir así tan---- Saca-vueltas, he soñado á todos---- que pesadilla tan maldita!

—Y Marroquin?

—Nuestro amigo Marroquin murió como bueno, echando una mentira que se ha vuelto cuento en todo Chihuahua.

—Lo que quiere decir que no se desmoralizó.

—El maldito tuvo la paciencia de inventar que era hijo del cura de un pueblo y que no estaba bautizado;\* averiguada la mentira, lo fusilaron inmediatamente.

—¡Pobre compañero!

—Y el capitan?

\* Histórico.

—Ese va á morir dentro de media hora.

—Listo! gritó Pedro el Negro, que era capaz de matar á su mismo padre.

—Es necesario convencerse, dijo el torero, que todos son enemigos y que es necesario deshacernos de ellos.

—Este don Félix iria á contar hazañas y le darian á mandar gente.

—Ademas, que ya conoce nuestras guaridas y no podríamos engañarle; figúrate que diese con nosotros cuando bajáramos á las ciudades.

—No quedaba uno con vida.

—Pues manos á la obra: tú, Pedro, te encargas de avisarle que arregle sus cuentas y dentro del plazo convenido lo *truenas*.

—Listo!

Pedro el Negro se dirigió á la choza donde estaba don Félix, y sin mas preámbulos le dijo que hablase cuanto quisiera con Dios, porque iba á morir irremisiblemente.

El capitan inclinó la cabeza agobiado de pesadumbre y dividió sus pensamientos entre Dios y su infeliz familia.

## II.

La bruja salió al encuentro de Pedro el Negro.

—Demonio! la vieja por estos terrenos, murmuró el bandido.

—Hola! Pedro, te necesitaba y mucho.

—Pues hable, porque tengo que hacer.

—A eso voy.

—Pues que sea pronto.

—¿Necesitas dinero?

—Siempre, siempre, abuelita.

—Pues tendrás todo lo que pidas.

—Me estais tentando como Satanás.

- De eso se trata.  
 —Yo soy el hombre mas tentable del mundo.  
 —Has noticiado al capitan don Félix que va á morir.  
 —Precisamente.  
 —Deseo que la tal precision-----  
 —Comprendo.  
 —Cuanto vale la vida de ese hombre?  
 —No la he tasado todavia.  
 —Pues tásala.  
 —Es que yo no soy el dueño, sino Saca-vueltas.  
 —Estás comisionado para la ejecucion.  
 —Pero él debe presenciaria.  
 —Yo lo impediré.  
 —Y mis soldados?  
 —Procura que el fusilamiento sea en la noche.  
 —Y qué importa la hora?  
 —Dispondrás las cosas de tal manera, que las armas no estén cargadas con bala y-----  
 —Sois una bruja endemoniada.  
 —Pasará por muerto don Félix-----  
 —Cuidado, cuidado, amiga mia! aun no nos ajustamos.  
 —Propon lo que te parezca.  
 —Dadme cien onzas de oro con el retrato de Carlos IV y estamos convenidos.  
 —Te figuras que tengo la mina de Valencia?  
 —Las brujas son muy ricas.  
 —Yo soy de las pobres.  
 —Pues yo no rebajo ni un medio.  
 —Garantiza que cumplirás tu palabra.  
 —Eso no puede ser, hasta hoy no he encontrado una alma caritativa que me fie.  
 —Que hacemos?  
 —Me dareis el oro despues de la supuesta ejecucion.  
 —Convenido.

- Pero antes enseñádmelo.  
 —Mira, dijo la vieja, y desciniéndose un cinturon de cuero relleno de onzas lo hizo sonar.  
 Aquella armonía metálica hizo estremecer á Pedro el Negro.  
 —Venga ello.  
 —Cuidado, que puedes encontrarte con algo que no te parezca.  
 —Ese puñal es un juguete de almohadilla.  
 —No lo niego, pero está envenenado.  
 —Sois el mismo diablo.  
 —Nada tenemos que añadir, yo detendré á Saca-vueltas, miétras tú llevas al prisionero.  
 —Vos le pondreis al tanto.  
 —Eso corre de mi cuenta.  
 —Idos con Satanas, que donde me agarren la podrida me guindan.  
 —No seria malo.  
 —Ni bueno tampoco.  
 —Adios.  
 La bruja volvió á rondar la choza que hacia dos meses guardaba al esposo de Rosalía.  
 Pedro el Negro reunió á sus guerrilleros, los puso al tanto de lo que pasaba, les ofreció dividir el botin y cargaron sin bala sus carabinas, dispuestos á llevar adelante la comedia indicada por Pedro el Negro.

## III.

Rosalía seguida del inválido y el hijo de don Félix, buscaban llenos de afliccion al prisionero, creyendo al principio que habia sido capturado por Elizondo al verlo en las filas de los insurgentes; corrieron á Monclova, se entraron en las prisiones y cárceles sin encontrar álguien que les diese noticia del capitan.

En tan terrible situacion resolvieron buscarle en las Norias de Bajan y pueblecillos y aduares del desierto.

La tarde aquella en que don Félix debía ser fusilado, llegó el carruaje con la familia al Espinazo del Diablo.

Rosalía se dirigió á la choza y se encontró de improviso con don Félix.

El capitán hubiera deseado evitar aquel lance, cuando ya estaba próximo al suplicio.

—Te encuentro al fin! exclamó la jóven encadenando sus brazos al cuello del capitán.

—Rosalía! gritó don Félix, traeme á mi hijo.

En aquel instante Treviño se presentó con Gabriel en la puerta de la choza.

—Hijo mio, hijo de mi alma! decia el infeliz padre estrechando á la criatura con un cariño entrañable.

—Félix, dijo Rosalia, mira á mi padre.

—Señor, dijo el capitán tendiendo la mano á Treviño, necesito hablaros un momento.

—Hija mia, sal un instante.

La jóven tomó á su hijo y se puso á escuchar á corta distancia de la choza.

—Señor, necesito que os lleveis á mi hijo y á mi esposa, yo voy á morir dentro de una hora.

—Dios poderoso! exclamó el portugués.

—Estoy tranquilo.... os queda en depósito cuanto poseo sobre la tierra.... esa infeliz mujer y.... mi hijo.... ellos me han acompañado en mi proscripción.... con ellos he dividido mi amor y mis infortunios.... que triste es la muerte cuando tienen que abandonarse seres tan queridos!....

—Pero esto es horroroso.... es necesario apelar hasta la violencia si es preciso.... no, yo no puedo dejaros morir.

—Yo no tengo esperanza, los bandidos que se han apoderado de mí son hombres terribles, sin corazón; además, están ofen-

didados con la muerte de sus generales y su sangre la quieren lavar con la mia.

—Yo les suplicaré, les ofreceré oro.

—No, sería infructuoso, despertareis su codicia, y os harán comprar muy caro vuestra vida; la confesion de vuestra fortuna es una nueva amenaza.

—Entonces que hacer?

—Nada, seguir mi destino, entregarme en sus brazos y morir.

—No, eso no puede ser.

—Por compasión, llevaos á esos desgraciados.

—No hay que lamentarse, dijo la bruja entrando en la choza, Treviño y don Félix retrocedieron.

—Ya es fuerza que me conozca Alvaro de Clavijero.

—Quién eres? preguntó Treviño.

—Mírame.

La vieja dejó caer su manto y se presentó tal cual era al portugués.

—No, no es un sueño, decia Treviño.... la estoy viendo, ella trae á mi memoria recuerdos espantosos!

—Yo soy, Alvaro; tú me abandonaste en las playas del Africa; pero ya he satisfecho mi venganza.... Escúchame, juré ser el ángel exterminador de tu familia, seguir á todos, perderlos.... vengarme.... ya en otra ocasion me he presentado ante tí, y revelado el secreto de tu tormento en la Inquisición....

—Es verdad, es verdad.

—Pues bien, he visto morir á tu sobrina abandonada por el marques de Croix, he hecho que á ese miserable le confiscara el rey sus cuantiosos bienes, te arrojé en las garras de tu mismo hermano que ordenó tu suplicio, le descubrí en aquel momento tan terrible secreto, para cobrarme su odio que fué el móvil de tu ingratitud.... entonces lo ví, lleno de remordimientos, vestirse el sayal y sepultarse en el silencio de una celda.... yo no estaba satisfecha, le saqué de ahí, le lancé á la revolucion y.... tú has recogido su cadáver!

—Espantoso!---- espantoso! murmuraba Alvaro de Clavijero.

—Apagóse en mi alma la hoguera de mis resentimientos, mi corazón se volvió hácia su antigua impresion, te volví á amar; pero ya nuestra existencia estaba consumida---- entonces quise hacerte dichoso, volverte á tu hija y á ese tierno niño---- lo he conseguido ya---- las armas que van á descargar sobre el pecho de don Félix, no le arrancarán la vida, fiad en mí.

—Será posible! exclamó el capitán.

—Caballero, me habeis visto cerca de vuestra prision, cuidadosa de cuanto pudiera aconteceros.

—Gracias, gracias, habeis salvado á una familia.

—Zaida, dijo el antiguo pirata, tú has sido una mujer de maldicion para mí; pero Dios te reservaba para compensarme todo el mal que me has hecho---- perdóname.

—Sí, te perdono---- hoy mismo al entregarte al reposo y tranquilidad de tu familia, te daré mi eterna despedida---- yo vuelvo á Europa, voy en pos de alguien que no me haya olvidado.

—Venid con nosotros, señora, dijo don Félix.

—Eso es imposible, capitán, oigo rumor de pasos y de armas, salgamos.

Treviño y la gitana abandonaron la choza del prisionero, y acompañados de Rosalía y su hijo corrieron hácia las rocas á cuyo pié debia tener lugar la ejecucion.

#### IV.

Luego que Pedro el Negro participó á los guerrilleros su plan, uno de ellos lo fué á poner en conocimiento del torero.

—Ya me las pagará ese negro infame; por ahora lo que conviene es cambiar las armas de esos canallas, dándoles otras que estén cargadas; ya veremos si se burlan de su capitán.

Los soldados, entregados á la bebida, no se apercibieron del cambio de las escopetas que mandó hacer Saca-vueltas, y que se ejecutó con maestría.

Al caer de la tarde reunió el torero á sus soldados, sacaron al preso y lo condujeron al lugar del suplicio.

Don Félix iba temeroso, Treviño, Rosalía y la gitana estaban inquietos, acechando sobre las rocas.

Llegó el fatal instante, don Félix se arrodilló y los soldados hicieron fuego sobre él.

—Ha muerto, dijo Saca-vueltas.

Pedro el Negro y los guerrilleros se vieron con asombro y desfilaron en silencio.

—Bajad, dijo la gitana.

—Rosalía se precipitó con una angustia inexplicable, acercóse á don Félix creyendo que estaba vivo y halló un cadáver.

—Sangre!---- sangre! gritaba la joven, y dando aullidos de dolor besaba la frente de su esposo.

—Me engañabas, miserable gitana! gritó Treviño buscando á la hechicera; pero esta habia huido con el niño.

—Zaida!---- Zaida!---- gritaba el portugues---- mi hijo!... mi hijo!

Rosalía se desmayó sobre aquel cadáver ensangrentado.

Bajaba en aquel instante por las rocas un hombre, trayendo á un niño en los brazos.

—Allí, allí está, gritaba la criatura indicando á Rosalía.

Acercóse el hombre á la desgraciada esposa de don Félix y la dijo:

—Señora, al atravesar las piedras del sendero, una mujer ha caido en el precipicio y se ha matado; este niño me ha conducido hasta aquí, dice que es vuestro hijo.

Rosalía levantó la cabeza y se encontró frente á frente de su antiguo amante.

El loco Pedraja retrocedió algunos pasos, detuvo su mirada en el rostro de la jóven, y su cerebro se iluminó de improviso....

había recobrado el juicio por uno de aquellos fenómenos inexplicables, el llanto acudió á sus pupilas en torrentes y con voz ahogada por los sollozos exclamó:

—Rosalía!---- Rosalía!---- yo despierto de ese sueño---- el tiempo ha pasado por delante de mí sin que me haya percibido---- siento que la razon vuelve á mi cerebro---- he estado loco, loco por tu abandono---- pero ya siento, ya veo---- ya mi pensamiento vuelve á encenderse---- todo lo comprendo y te perdono---- tengo celos de ese cadáver---- apártate---- por---- com---- pa---- sion!

—Pedraja, tú tambien has vertido la sangre de ese hombre.... reconócelo, es el capitan don Félix!

—Es cierto---- es cierto! gritó Pedraja, yo soy un infame.... pero aquella noche tenia celos y tú provocaste mi saña vengadora.

--Huye de aquí, entre nosotros está la sombra de mi esposo---- mira este niño, es su hijo, esa criatura infeliz que llora la muerte de su padre!

—Adios, señora, dijo Pedraja, sombrío como la fatalidad; huid con vuestro padre, huid por compasion---- ya no nos volveremos á ver---- Dios lo ha querido!

Pedraja se retiró en silencio, llegó á la choza á cuya puerta estaba atado su caballo, montó precipitadamente, y azotando sin compasion al noble animal se perdió en las soledades del desierto.

## CAPITULO XVIII.

### EL SUPPLICIO DE UN HÉROE.

#### I.

El treinta de Julio de 1811 se notificó al cura Hivalgo que entraba en capilla y que moriria á las veinticuatro horas que las leyes daban á los sentenciados para disponer sus cuentas con el cielo.

Trasladóse el caudillo á un cuarto del mismo Hospital que está bajo la torre de la capilla: la campana marcaba las horas que se deslizaban veloces como el sonido en el espacio.

El héroe permanecía impasible, la sentencia del consejo era esperada de antemano, así es que Hidalgo no se sobrecojió al escucharla. Dispúsose á recibir los Sacramentos con aquella misma serenidad que no le abandonó ni aun en el supremo instante de la muerte.

Hidalgo sabia que la la vacilacion era la pérdida de su doctrina, y aceptó, como Jesucristo, el último sacrificio.